

## MONDOLFO Y LA EDUCACION

Rodolfo Mondolfo: *Problemas de Cultura y Educación* (Librería Hachette S.A. Bz. As. 1957).

Cuando se observan los aportes culturales europeos a la vida espiritual argentina, resalta la importancia de la influencia italiana sobre todos los aspectos de nuestra formación. La cultura italiana se prestó a ello mejor que ninguna, tanto por sus afinidades con lo nuestro, cuanto por la extraordinaria calidad de su pensamiento, a mi entender el más profundo y original de Occidente.

Cabal ejemplo de ese pensamiento es Rodolfo Mondolfo, quien desde hace años reside entre nosotros. Ha profesado en Córdoba y Tucumán, dirigido colecciones editoriales y guiado la formación de notables investigadores. Decía el Profesor Mondolfo, en su prólogo al "Heráclito" de Spengler, "despertar la conciencia de los problemas es el primer paso —necesario— hacia la profundización del estudio que puede llevar a resolverlos". En esta frase se resume la actividad de Mondolfo en este país: ha sido el "despertador" de multitud de conciencias a la sabiduría y a la autenticidad.

Es por ello que recibimos con respeto y curiosidad su libro sobre problemas educativos, problemas que han sido siempre preocupación honda en el pensamiento de este filósofo.

Alguna vez escribió Ortega que un libro sólo es bueno en la medida en que nos trae un diálogo latente, en que sentimos que el autor sabe imaginar concretamente a su lector y éste percibe como si de entre sus líneas saliese una mano que palpa su persona, que quiere acariciarlo, o bien, darle un puñetazo. Esto ocurre con este libro de Mondolfo, tanto por su calidad expositiva como por la actualidad argentina de los temas tratados.

La obra se compone de varios ensayos, aparecidos ya en diferentes publicaciones europeas. El editor los ha reunido por su perenne valía y como homenaje al octogésimo aniversario del Profesor Mondolfo. A los fines de esta nota, sólo me ocuparé de algunos ensayos que ilustran, en lo esencial, el pensamiento de su autor en la materia.

Inició la revista del ideario mondolfiano con el ensayo *Educación y Democracia*, por ser el basamento de toda su estructura en este terreno. \*

La democracia socialista posee un programa de vida cuyo problema esencial es el de renovación y desarrollo consciente de los espíritus. "Lo que se afirma teóricamente como derecho debe ser sentido como exigencia". Aquí se plantea la dificultad entre personalidad individual y social. El problema más radical consiste en una autonomía inherente al mismo ser del hombre, que incluye en sí tanto la individualidad como la sociabilidad.

Para Marx la concepción del hombre como ser social y de la esencia humana como conjunto de las relaciones sociales, se aclara como vínculo indisoluble, acción continua y dependencia recíproca entre el individuo y la sociedad. Este es, justamente, el proceso real e histórico de la educación: un intercambio continuo de acción recíproca entre la personalidad individual y el ambiente social.

La interdependencia entre ambos términos lleva a Marx a un concepto "activista" de la educación, ya que considera absurdo que se distingan, como seres separados, los educadores de los educandos<sup>1</sup>.

Cabe advertir que Marx no introdujo ninguna novedad, ya que fue el heredero de una larga tradición histórica: la de la pedagogía activista. Esta pedagogía se remonta hasta Sócrates, quien con la mayéutica quería que el propio discípulo "diera a luz" los conceptos, sin que el maestro se los impulsara con su discurso.

Claro que esta pedagogía activista no debe reconocerse como el único camino para hacer fecundo y eficaz el proceso educativo. Sin la vigilancia efectiva y constante de la conciencia pública, el resultado será desastroso<sup>2</sup>.

\* Téngase presente que el Prof. Mondolfo es socialista, y uno de los más ilustrados investigadores del materialismo dialéctico.

<sup>1</sup> Mondolfo señala que no puede calificarse de "nueva perspectiva" al sistema de Dewey, ya que antes había sido reconocido por Marx.

<sup>2</sup> Buen ejemplo de ello lo da el fracaso educacional americano. El lanzamiento de los satélites rusos ha provocado, entre otras cosas, una ardiente polémica sobre los principios fundamentales de la educación norteamericana, que si bien ya existía entre los especialistas, ahora se ha hecho pública. Marcelino Peñuelas escribe "Según la doctrina del *life-adjustment education*, la labor del maestro en vez de orientarse hacia la enseñanza de la historia o de la física, debe dedicarse a preparar a los jóvenes para "una vida feliz". El ideal es adaptarse al ambiente existente sin preguntarse si ese ambiente es bueno o malo. Algo así, como fabricar armas en serie, apuntando como meta al término medio, a lo aceptado. Es, en resumen, la filosofía del conformismo y la mediocridad como ideal".

Al hablar de conciencia pública —añade Mondolfo— nos estamos refiriendo, claro está, al estado. Se habla mucho del peligro de la ingerencia estatal en la educación, sin embargo, el peligro no reside en la instauración de la escuela del estado, que es exigencia esencial de la democracia, sino en la sustitución del estado democrático por un régimen, es decir, por el dominio fanático e intolerante de una parte que quiere someter a todos los ciudadanos a los propios dogmas e intereses.

Esto sólo puede ocurrir por el quebrantamiento de las resistencias democráticas. "Debe tenerse esto presente, pues en vísperas del asalto fascista, los grupos confesionales y maximalistas cooperaban para vaciar el concepto del estado democrático de su contenido ético".

Nosotros, muy especialmente, aquí y ahora, debemos tener esta advertencia del Profesor Mondolfo más que presente: de ello depende el destino mismo del país. "La resistencia a los totalitarismos requiere la conciencia clara de que la libertad nunca es el goce de un bien que se posee, sino conquista que se debe renovar sin interrupción".

\* \* \*

Se ve, pues, que Mondolfo asigna al estado una función especialísima en el complejo educativo, como es la de vigilar el desarrollo del proceso en todas sus fases.

Con esto se vincula el problema de aquellos que rechazan tal función estatal. Esto nos conduce a otro tema que ensaya Mondolfo en *Lafetismo y Libertad*, tema al cual dedicara lúridos trabajos plasmados en "Libertà della scuola", obra publicada en Bologna en 1922.

En magnífica síntesis, historia los argumentos referentes a la misión educativa del estado, desde la Antigüedad. Pero el tema central de este ensayo es la polémica que se desarrolló en Italia durante todo el siglo XIX, entre católicos y liberales.

Reproduce la discusión entre los dos bandos. Por una parte el padre Taparelli d'Azeglio, Rosmini, Gioberti, Tommaseo, Cantù, Balbo, etc.; por otra, los dos Spaventa, Gioia, Bonghi, Siciliani, Fornelli. Equidistante entre ambas facciones, la tesis de la libre concurrencia (entre el estado y las instituciones privadas) sostenida por Cavour y Berti.

Los católicos negaban al estado la potestad de intervenir en el campo del derecho natural, incoercible e inalienable de los padres, en cuanto no reconocían al estado la posesión de una doctrina propia, y mucho menos de una verdad absoluta e infalible que, por el contrario, declaraban patrimonio propio de la

Iglesia. Por lo tanto, ese derecho de vigilancia sobre la educación que injustamente se arrogaba el estado, correspondía a la Iglesia, a cuya autoridad debía subordinarse el estado, a la par que cualquier otro individuo.

El terreno de la lucha se desplazó por la progresiva afirmación de considerar la instrucción como una función pública. Por consiguiente, el estado, al instituir sus escuelas, no pudiendo dejar a la incertidumbre y a la insuficiencia de la iniciativa privada una misión que representa una exigencia pública, no oponía trabas al establecimiento de escuelas privadas, pero afirmaba su función de vigilancia sobre las condiciones higiénicas, morales y culturales que ellas presentaban.

Esta compleja acción del estado suscitó las resistencias católicas, que se afirmaron y desarrollaron preferentemente sobre un terreno técnico, negando el valor de la escuela pública, afirmando el daño de la vigilancia estatal sobre la escuela privada, propugnando, contra el monopolio escolar del estado, la libre concurrencia. Esto último era también reclamado por los idealistas, partidarios de Gentili, quienes sostenían que, si bien el estado era soberano, era conveniente la libre concurrencia para la mayor vitalidad de la escuela pública.

Entre nosotros también se dió tal debate. Recientemente ha vuelto al tapete con respecto a la universidad. Para citar un ejemplo, la Revista del Centro de Estudiantes de Derecho organizó una "Mesa Redonda" para esclarecer el panorama. Los argumentos que en ellas se esgrimieron son exactamente similares a los que transcribe Mondolfo. Nunca más cierta la afirmación de Plotino "nada transcurre en este mundo, en el que persisten todas las cosas, quietas en la felicidad de su condición".

Teóricamente la discusión no terminó nunca. Es imposible que termine. La solución está en la aplicación práctica de algún ideal educador. Dice muy bien Jaeger que "una educación sólo puede recomendarse por el tipo acabado que produce, jamás por consideraciones puramente teóricas". En Italia le puso fin el Concordato de 1929. Aquí, como siempre, hubo para todos los gustos: los liberales sacaron una ley que establecía la escuela laica, pero al lado de ella se permitió la existencia de toda clase de escuelas privadas (religiosas, extranjeras, etc.). El resultado fue, como era de preverse, desastroso. Ya que, si cabe tolerar la existencia de escuelas privadas en la educación primaria, la existencia de tales escuelas en la etapa secundaria es inadmisible. Precisamente es en la subsistencia de escuelas medias confesionales y extranjerizantes donde reside una de las causas, y no de la menor importancia, del actual divorcio argentino<sup>2</sup>.

Se habla mucho del peligro de las universidades privadas, por la posible división entre los grupos que a ellas concurren. Creo que no habría tal cosa. El estudiante a los veinte años sabe perfectamente a qué atenerse. Pero ese mismo estudiante, egresado de un establecimiento privado, entrará a una facultad determinada, se rodeará de compañeros que, por lo general, serán sus ex-compañeros secundarios, y se encasillará en un círculo que la universidad, por más estatal que sea, no logrará romper<sup>4</sup>. Por el contrario, si la escuela media fuera exclusivamente pública, todos los estudiantes tendrían una misma matriz que les permitiría, más tarde, elegir los ideales que les parezcan y concurrir a la universidad que prefieran, sea ella pública o privada.

\* \* \*

Otra de las razones por las cuales creo que la escuela secundaria debe, necesariamente, ser pública, reside en que es la etapa más fundamental de la educación de cualquier hombre. Así se entrevé en el ensayo de Mondolfo *La Escuela Secundaria y la Universidad*.

La escuela secundaria —dice Mondolfo— tiene por función esencial "desarrollar en el individuo el hombre" ya que la educación superior, con su necesaria especialización aleja al estudiante de la visión total de la cultura.

Quiere decir que la escuela secundaria es la única oportu-

<sup>4</sup> El ex-embajador norteamericano James Bruce anota como razones principales de la popularidad de los colegios americanos en Argentina, las siguientes:

- a) En estos colegios privados los jóvenes argentinos tratan con niños de buenas familias.
- b) Por argentinos creen que sus niños pueden aprender fácilmente otros idiomas en lugares donde haya profesores extranjeros y compañeros anglo-parlantes. Esto, agregan, es un factor de no poca importancia en un país donde nadie es considerado educado si no habla dos o tres idiomas correctamente.
- c) Muchos argentinos quieren que sus niños se gradúen en universidades americanas, para lo cual necesitan preparación adecuada.

(Traducción literalmente del libro de Bruce *Thair perplexing Argentines*, Eyre & Spottiswoode, London 1964, pág. 190).

<sup>5</sup> Sería interesante realizar una estadística de los alumnos universitarios de acuerdo al instituto secundario del cual proceden. Ello demostraría que la mayor parte de los estudiantes que no están agramiados a los centros correspondientes a F.U.B.A. han pertenecido a colegios privados.

nidad que tiene el estudiante común de entrar en contacto con la totalidad del saber, aunque se le imparta en forma elemental. Sin esa preparación no sería beneficiosa, tampoco, la sucesiva iniciación en la ciencia, que se conquista a costa de duras fatigas.

"Para semejante conquista es indispensable el desarrollo de la humanitas, que se halla latente en todo individuo; y a este desarrollo debe tender la escuela media todos sus esfuerzos".

Coincido, pues, con el Profesor Mondolfo de que es en la escuela secundaria donde debe dejarse al educando pertrechado eficazmente para ser poroso a la cultura. Creo, en cambio, que la solución orteguiana de crear una "Facultad de Cultura" en la universidad es impracticable. La universidad, a pesar de su pomposo y omnicomprensivo nombre, tiene una misión única y específica: crear buenos profesionales. Que no se dedique más que a eso y tendrá de sobra. Desde luego, la idea de Ortega es excelente, pero esa "Facultad de Cultura" debería organizarse antes que los estudiantes dejaran la escuela secundaria. Si a los actuales cinco años de escuela media se le agregaran uno o dos años más, para impartirles una educación de tipo integral, los alumnos saldrían de esa escuela "con los ojos mucho más abiertos y la mente mejor dispuesta"<sup>3</sup>.

Pero, dejando este anhelo utópico, vuelvo a Mondolfo. Ciertamente señala que la mayor ineficacia de la escuela secundaria laica radica en que están vacías de todo contenido espiritual. "Las escuelas confesionales, por su mismo carácter e intención, daban y dan una orientación espiritual a sus alumnos. Buena o mala es una orientación a la cual el espíritu de los alumnos es adecuado en el sentido de subordinarle todos los elementos de su propia formación o actividad".

La escuela laica, en cambio, no proporciona nada. Deja al estudiante vacío espiritualmente y sin auténtica preparación para enfrentarse con la vida, salvo se crea que numerando las tiranías se infunde a la juventud una espiritualidad inquebrantablemente democrática. . .

"El remedio —señala Mondolfo— está en la educación filosófica de los futuros enseñantes, no sólo con el fin de comunicárles una cultura, sino de infundírles el espíritu filosófico".

<sup>3</sup> Es ilustrativo el sistema educativo sueco. Allá la escuela elemental (folkskola) dura ocho años, es obligatoria y gratuita (incluso libros y comida). De la escuela primaria los alumnos salen a los 13-14 años, con una educación que entre nosotros sería universitaria. Aquellos que siguen estudiando sólo hacen seis años de escuela elemental y seis más de colegio secundario (läroverk), público y uniforme en todo el país.

Entramos ahora al problema de la universidad. Dice Mondolfo en *Preparación Profesional e Investigación Científica* que la misión del maestro universitario es convertir la conciencia de las necesidades culturales en vida y estímulo del espíritu, que ánima e incite su fecunda actividad de investigación y de estudio, señalando el camino por el cual debe proceder si quiere hacer de él una mente culta y activa, más que un papagayo oprimido para los demás porque creció él mismo en la opresión.

"Pero todo esto supone que las fuerzas y el tiempo del discípulo no sean absorbidos y sofocados por otras necesidades inmediatas e imperiosas, que le priven de la necesaria amplitud de aliento; pues son justamente esa opresión y esa sofocación el resultado del actual ordenamiento de los estudios en las facultades".

He copiado textualmente los dos párrafos anteriores, pues dicen con justeza lo que todo estudiante universitario siente que es la verdad. Paso ahora al viejo problema de la misión de la universidad.

Si se historia, hallamos que en la Antigüedad las asociaciones culturales eran exclusivamente teóricas, sin preocuparse de los oficios profesionales requeridos por la sociedad. Ráscen los premios culturales del medioevo se iniciaban especialmente con fines profesionales. Precisamente las viejas universidades europeas (Bologna, París) se forman sobre la base de escuelas profesionales.

El Renacimiento intuyó que la asociación de la técnica con la ciencia determinaría la vitalidad de una y otra. Eso hace "la necesidad de vincular en las universidades modernas las dos preocupaciones: preparación profesional e investigación científica".

Se reconoce sin dificultad la exigencia de un gran número de profesionales para el ejercicio de los múltiples oficios y servicios indispensables a la sociedad y al estado, pero se concibe esta preparación sólo como habilitación a una tarea que luego se vuelve rutinaria. A la investigación científica nueva y original, se la considera totalmente extraña a la preparación de los profesionales, superior a las capacidades de la generalidad y reservada sólo a una minoría excepcionalmente dotada y alejada de toda preocupación rutinaria y utilitaria. Se trata, pues, de dos tipos de personas esencialmente diferentes, lo cual parece fundar la exigencia de la separación de dos tipos de escuelas universitarias: las universidades profesionales por un lado, y los institutos de pura investigación científica por otro.

"Pero para la vida y progreso de ambas es necesario la correlación mutua. La misma preparación de profesionales debe ser formación de hombres pensantes y vivientes y no de máqui-

nas que siempre repiten automáticamente los mismos movimientos”.

Como se ve, Mondolfo y casi todos quienes se han ocupado de la universidad le asignan esa dicotomía funcional de profesionalización e investigación. Creo que ello no es hoy así. Desde luego que fue así, pero hoy, dada la complejidad y urgencia de la vida moderna, la universidad tiene una sola función, que es la de educar buenos profesionales. Nada más.

Las viejas generaciones pretendían ver en la universidad la célula primaria desde la cual se recrearía el mundo. Así, entre nosotros, la célebre “Reforma Universitaria”.

Con la “Reforma”, la universidad se convertiría en el consultorio central para la cura de todos los males del país. Si bien es cierto que ese movimiento tiene una importancia fundamental, en cuanto afirmación de liberación americana, sus realizaciones positivas son bien mediocres. Baste pensar que, a pesar de su pretendida equiparación a un “Renacimiento latinoamericano” no ha logrado una sola conquista fuera de lo estrictamente administrativo-estudiantil<sup>6</sup>.

Dedicándose de lleno la universidad a la formación de profesionales, la misión de investigación ha de quedar para institutos especializados, ajenos a toda inquietud que no sea estrictamente científica. Porque la ciencia, mal que les pese a los polemistas, no avanza ni con proselitismo ni con vulgaridad. Ejemplo claro, y lamentable, son nuestras universidades, que ni educan profesionales capaces ni, desde luego, han hecho nada últimamente por la ciencia.<sup>7</sup>



<sup>6</sup> Este fracaso se debe, creo, a dos causas. En primer lugar, el carácter pequeño burgués del que nunca se pudo desprender, y, además, su erróneo concepto de la misión universitaria. Tal fracaso demuestra, asimismo, que desde la universidad no se puede “recrear” nada, y menos aún la sociedad. Esta se transformará desde los sindicatos o desde los directivos de sociedades anónimas, según se prefiera, pero no desde una institución que no está hecha para eso.

<sup>7</sup> Por lo demás, con el sistema de los tres claustros no cabe ni por asomo pretender que pueda desarrollarse una labor científica seria. Así lo ha reconocido, por lo demás, Luis Alberto Sánchez, al comentar una observación del Dr. Houssey (Cf. “Cuadernos”, julio 1956, pág. 43).

Supongo que he extendido demasiado mis propias observaciones, sin desarrollar suficientemente el pensamiento de Mondolfo. Me excuso por ello y quiero justificarme diciendo que es el panorama actual de nuestra educación lo que me ha llevado a decir más de lo conveniente...

Ojalá se emprenda pronto la verdadera Reforma educativa \* y logremos una universidad que no pretenda ser sino eso: una escuela superior.

JOSÉ ISAAC GARCÍA GIBELLI

\* No hace mucho decía Francisco Ayala, "ha llegado la hora, y casi está pasando de proceder a un replanteo de la reforma universitaria, replanteo esta vez a fondo, no para demoler, sino para construir" ("La Nación", 7/IV/57).